

Capítulo 1

Brasil-España: unas relaciones estratégicas inevitables

Por Carlos Alonso Zaldívar
Embajador de España en Brasil

Sin duda hemos abusado del término «estratégico». Cuando lo oímos o leemos tendemos a pensar más en un recurso retórico desgastado que en una voluntad genuina o en una realidad tangible. Y sin embargo, a la hora de tener que calificar o apellidar la naturaleza de las relaciones entre Brasil y España, hablar de relaciones especiales o de relaciones singulares se me antoja poco riguroso y en todo caso insuficiente.

No, lo que España y Brasil desean tener, lo que necesitan tener, lo que ya tienen, en mi opinión no puede calificarse más que como unas relaciones de carácter estratégico.

En 2003 y en 2005 respectivamente, ambos países firmamos la declaración conjunta estratégica y el plan que la complementaba y la ponía en marcha. Con ello ya entonces mostramos una voluntad, pero sobre todo un convencimiento: que nuestro bienestar futuro, que nuestras sociedades basadas en la libertad y en la justicia, que nuestro respectivo papel y la presencia de lo iberoamericano en el mundo, que los vínculos entre Europa y América Latina, que la lucha contra el hambre o el subdesarrollo en diversas partes del mundo, que todo eso y más no va a ser igual en las próximas décadas sin una estrecha relación entre los dos países, sin una relación estratégica.

Entiendo además que un vínculo de esa naturaleza entre los dos países no sólo es deseable sino fundamentalmente inevitable.

Brasil y España han vivido procesos paralelos y hoy siguen rutas convergentes. Procesos paralelos porque ambos han experimentado una serie de transiciones concatenadas. Hemos navegado a través de una transición política de la dictadura

a la democracia, una transición económica que ha modernizado nuestros respectivos aparatos productivos y una transición que nos ha llevado de ser países abiertos y decididos a desempeñar el papel que nos corresponde en la escena internacional.

España y Brasil se encuentran en muchos sitios, pero esas aperturas nos empujan irremisiblemente al encuentro y a la colaboración. Las primeras aperturas porque nos damos perfecta cuenta de pertenecer al mismo mundo, el que desea libertad y justicia para sus ciudadanos, el que sitúa la democracia real y la defensa y promoción de los derechos humanos como norte de nuestras sociedades. La última apertura, la apertura al mundo, porque nos pone, a Brasil y a España, frente a frente en cuestiones en las que los dos países, como señalaba anteriormente, se juegan su futuro, su prosperidad y el peso de su presencia en el mundo.

¿Qué cuestiones son esas? Muchas e importantes, pero para España podrían encuadrarse en dos grandes apartados: el liderazgo de Brasil en América Latina y su papel de potencia emergente con capacidad para pronunciarse e influenciar en las grandes cuestiones institucionales, económicas, energéticas y medioambientales que van a definir este siglo XXI.

España es europea, mediterránea e irrenunciablemente atlántica, trasatlántica diría yo, y no puede verdaderamente ser entendida sin América, tal es nuestra implicación histórica, cultural, familiar y, hoy, decisivamente económica. Este continente explica nuestro pasado, nuestra identidad y sin duda de él depende parte importante de nuestro futuro.

Es obvio que esta circunstancia nos vincula definitivamente a Brasil quien hace no muchos años se abrió con decisión a su entorno regional. Los brasileños lo dicen: vivíamos de espaldas a nuestros vecinos. Eso ha cambiado y una relación cada vez más estrecha con la América Hispana acerca de forma natural e irremisible a nuestros dos países. Brasil está actuando con responsabilidad en el continente y su papel de catalizador democrático y de estabilizador político debe ser justamente reconocido junto con su proyección como inversor y como potencia energética. No podemos olvidar asimismo su implicación en la institucionalización de América Latina, un continente tan necesitado de instituciones fuertes, mediante el liderazgo que ha asumido en el refuerzo de MERCOSUR, en la creación de UNASUR o el Consejo Suramericano de Defensa, la ampliación del Grupo de Río o la puesta en marcha junto con México de una nueva organización latinoamericana de carácter continental, la OEALC.

España se identifica plenamente con Brasil en ese objetivo de colaborar para conseguir una América Latina más democrática, más solidaria, más unida y

más próspera porque América Latina ha sido y seguirá siendo una prioridad de nuestra política exterior tanto bilateralmente como en los foros y organizaciones en los que España participa y es miembro. No es una cuestión sólo de justicia y de solidaridad, que lo es, sino también como en el caso de Brasil, para España es una cuestión de interés. Por ello celebramos que Brasil se implique y acepte las responsabilidades que le corresponden. Algunos hablan de colisión entre los dos países aplicando esquemas de las relaciones internacionales del siglo XIX. Yo creo firmemente que no cabe más que la colaboración respetuosa y productiva entre nuestros países y sus sociedades.

Pero Brasil ha consolidado ya firmemente su presencia internacional más allá de su entorno regional. Brasil cuenta y se sienta en las principales mesas y foros de negociación internacionales con propuestas concretas que hacer. Brasil participa activamente en las cuestiones claves: la reforma de la arquitectura financiera internacional, la democratización de las principales organizaciones internacionales, el avance en la liberalización comercial, la búsqueda de una nueva matriz energética o en las discusiones sobre las nuevas normas medioambientales. Sobre todos esos asuntos y sobre otros, España quiere y necesita conocer la opinión brasileña y compartir con ellos la nuestra. Brasil pesa y seguirá pesando. A su favor no sólo cuentan sus recursos y sus cifras, también su voluntad decidida de asumir responsabilidades globales. Que duda cabe que el mundo necesita más Brasil.

España apostó por Brasil antes que nadie. Nuestras empresas fueron pioneras en el proceso de modernización de la economía brasileña en los años noventa del pasado siglo hasta convertirnos en el segundo inversor en el país y en un agente notable de transferencia tecnológica y de modernización. Esa circunstancia comenzó a dotar de riqueza y complejidad a nuestras relaciones. Crece la colaboración en diferentes ámbitos como el cultural o el educativo, Brasil es el país del mundo con más Institutos Cervantes, España es uno de los principales receptores de estudiantes brasileños, artistas y creadores brasileños son conocidos y triunfan en España, cada vez son más los brasileños que estudian nuestra lengua a todos los niveles, convirtiéndola en la segunda más demandada y quizá la primera en pocos años... Las relaciones gozan de una excelente salud.

Y sin embargo, me gustaría afirmar que aún queda mucho potencial y muchas cosas por hacer, por ejemplo en el área de la cooperación científica y técnica o en el fomento de nuestros intercambios comerciales, aun por debajo de nuestras respectivas dimensiones o en el crucial y necesario acercamiento entre la Unión Europea y MERCOSUR.

España es el país extraregional con más vínculos e intereses en América Latina. Brasil por sus dimensiones y vocación se está convirtiendo en un resuelto líder

del conjunto latinoamericano y en un prominente miembro del grupo de países denominados como emergentes. Ya sea en nuestros objetivos comunes en el continente latinoamericano, ya sea en nuestras relaciones bilaterales, ya sea en nuestros intereses compartidos en los grandes temas de la agenda mundial, Brasil y España ofrecen convergencia y también complementariedades. Hay amplísimas posibilidades de cooperación entre los dos países en ámbitos tradicionales y en ámbitos nuevos.

Hace unas cuantas décadas, un destacado estadista europeo exclamó a su llegada a Río de Janeiro, entre irrito, jocoso, ocurrente y un tanto faltón «Brasil no es un país serio». Yo creo que si lo es. Brasil inspira hoy confianza, por sus recursos, por su sentido de la responsabilidad y por su discurso comprometido con las causas justas. Parafraseando a otro europeo, en este caso un eximio escritor e intelectual fascinado por este país, quizá el futuro ya ha llegado a Brasil. España puede y quiere estar en ese futuro que ya se está haciendo presente.